

Prólogo a *Ciudades diversas*

[Publicado como prólogo del editor a *Ciudades diversas*, en J. L. González Quirós, Ed. Lengua de trapo-Escuela contemporánea de humanidades, Madrid, 2003, 262 páginas, ISBN 84-96080-11-0, pp. xi-xxiii.]

Durante el curso 2001-2002 los miembros del Seminario de investigación de La Escuela Contemporánea de Humanidades dedicamos varias de nuestras sesiones de trabajo a discutir sobre la Ciudad, sobre las ideas que se ocultaban tras ese nombre (pues todo símbolo apunta, pero además disfraza) y también sobre los acontecimientos y previsiones que estaban en el aire en relación con el sinnúmero de problemas que plantea una humanidad que, cada vez más, vive en, por y para las ciudades. Fruto de aquellas discusiones, que de ningún modo se han cerrado, es este conjunto de trabajos que el lector tiene ahora en sus manos.

Se trata, por tanto, de una serie de textos en los que sus autores han procurado cubrir distintos aspectos de una realidad tan inmediata como difícil de apreciar y sobre la que son absolutamente necesarias perspectivas difíciles de casar en una imagen coherente y sólida: las superposiciones, los atisbos, lo más ordinario y lo más estrambótico, se solapan y trasponen en cualquier imagen de un conjunto que, como el río de Heráclito, es permanentemente distinto a cada paso. Por eso hemos querido que imágenes de la instalación creada por Juan Alberto García de Cubas (“Ciudad, espacio interior”) estén presentes en este libro como un capítulo más, y como un pasaje especialmente sugestivo sobre el significado del conjunto, de manera que orienten la mirada del lector que muy frecuentemente, tiende a perderse cuando se le habla de sí mismo.

Los autores han mantenido discusiones bastante apasionadas y complejas sobre algo que tanto se presta a la confusión y al mestizaje de disciplinas. Al leerlas ahora, ordenadas con esa limpieza que sólo poseen los libros, producen, tal vez, una sensación menos polémica que la que dieron en su primera aparición hablada. Puede pensarse que unos han aprendido de los otros y también que han limado sus diferencias, pero el caso es que la lectura arroja una mirada plural sobre la marcha de nuestras ciudades hacia el mañana incierto e inquietante.

Ciudad es el nombre de una realidad, variopinta, dispersa y hasta caótica, pero es también uno de los nombres más metafóricos que

existen: al menos desde el *De Civitate Dei*, pero antes también desde la *Politeia* platónica, el nombre de ciudad se usa para compendiar todas las disputas y perplejidades que nos provoca el espectáculo de la diversidad y la convivencia humana, de sus pasiones y de sus ideales, tantas veces manchados con sangre, y siempre amasados con buenísimas intenciones. Esa doble perspectiva realista y abstracta está presente en cada una de las páginas de este libro y, de una u otra manera se trata de equilibrar intencionadamente en el seno mismo de cada uno de los ensayos que lo componen. Al fin y al cabo, las ciudades de hoy son inexplicables sin las ideas de ayer, sin las creencias sobre lo divino y lo humano, sin las anticipaciones que siempre tratamos de interponer entre nuestros deseos y la fatalidad.

Hay un rasgo esencial que salta a la vista cuando se medita sobre las ciudades teniendo en cuenta lo que han sido además de lo que son y lo que anuncian: la ciudad se ha entendido, desde siempre, como un lugar de seguridad, tanto hacia fuera como hacia adentro. Es claro que ese no es hoy el panorama: hay más ciudades, hay un mundo que casi se reduce a ellas, pero no hay por ello ni una ley más general y universal (pues persisten las fronteras de poderes más nacionales que ciudadanos) ni hay, tampoco, mayor o mejor seguridad (en parte porque la ciudad misma se ha vuelto insegura: es el territorio del riesgo). “Cuerpo, riesgo y ciudad” fue precisamente el título del curso central del Master de la Escuela Contemporánea de Humanidades durante el curso 2001-2002 y nos cabe la satisfacción de que Graziella Trovato, una de las alumnas de ese curso, se haya incorporado ahora al esfuerzo colectivo de escritura que da lugar a este libro.

Aunque el mundo se haya hecho, y se continúe haciendo, prácticamente en su totalidad un mundo urbano (precisamente Graziella Trovato nos proporciona un índice espectacular: cada día que pasa aumenta en 250.000 personas el contingente humano de las ciudades), la seguridad tanto militar como jurídica que daban las ciudades a sus habitantes de eras anteriores no ha crecido, ni mucho menos, en igual proporción.

El trabajo de José Luis Pardo (“La ciudad sitiada. Guerra y urbanismo en el siglo XX”) comienza apuntando como, en cierto modo, “el ciudadano de la polis es una suerte de guerrero urbanizado”. Lo que protege, pacifica y civiliza al guerrero, la muralla que contiene al enemigo exterior, podría haberse convertido, además, en una regla de vida en el interior de la urbe, pero la historia no parece haber avanzado por ese camino con la

suficiente energía. Así, la muralla que aísla, tranquiliza y educa apenas ha alcanzado a servir para contener ni para disimular la batalla interior, esa que se libra más o menos abierta y permanentemente entre *los que son* y *los que no son*, entre *iguales* y *desiguales*. En el seno de la muralla, el pasado de la ciudad se ofrece como una realidad que puede ser descrita. Describir y pensar la ciudad es hacedero, escribirla es otra canción. Escribir la ciudad, crearla conforme a la idea, es cosa hartamente más difícil, porque lo que acaba pasando es algo que desborda cualquier proyecto, porque incluso en su simplicidad, el proyecto mismo es más difícil y complejo que las fuerzas que pretenden sostenerlo. Llegamos al presente tras comprobar amargamente la debilidad de las utopías y el fracaso de las promesas del paraíso frente a fuerzas que permanecen indómitas e impensables. Para Pardo se ha impuesto la escritura de lo que llama una “*línea de globalización urbanicida*”, una tendencia de fondo que ha venido acompañando a la globalización misma, de manera que, según concluye, puede decirse que si el siglo XVIII terminó diluyendo a las ciudades en las naciones/estado, y el siglo XIX ha sido un siglo de guerras por las ciudades, estamos asistiendo ahora a una era de guerra contra la ciudad, contra su poder persuasivo y civilizador, contra la fuerza de la ley. Su trabajo nos proporciona un hilo rojo de naturaleza precisamente política para entender cómo, y con qué intenciones, se plantean los problemas de riesgo y seguridad en las ciudades del nuevo mundo.

En “La ciudad escaparate”, Graziella Trovato nos invita a ver la ciudad bajo la metáfora de ese dispositivo del comercio. La curiosa etimología de dicha palabra le sirve de motivo conductor para calibrar el significado de un fenómeno absolutamente nuevo en la historia humana: la conversión en una unidad efectiva del conjunto de las civilizaciones (el “cuerpo planeta”) al tiempo que se difumina y se hace casi infinitamente borrosa la imagen de la ciudad como unidad que conforma el conjunto humano. “Ciudades diversas” es aquí el retrato mismo de una proliferación en la que abundan las realidades enfermizas y deficientes, en la que aparece lo monstruoso para darnos una imagen poco amable de la realidad humana. El debate arquitectónico que se suscitó en la década de los sesenta, centrado en el juego de categorías tales como centro/periferia y público/privado ha saltado por los aires. Trovato recuerda el ejemplo de los autistas que son incapaces de percibir la unidad de un rostro para sugerir que la reflexión sobre las ciudades está perdida en un sinfín de detalles que han roto los esquemas tradicionales: “el escaparate ha ido conquistando un lugar cada vez mayor dentro de la

arquitectura de la ciudad hasta convertirse en su propia esencia”. La novedad es tan radical y tan desconcertante, que ha roto por completo la imagen histórica de la ciudad. Los escaparates son como pequeños invasores que horadan desde dentro la sustancia de la ciudad misma. La publicidad sustituye a la realidad que se ve convertida en puro soporte: y ello acontece por fuera, en las calles y en las plazas que pasan de públicas a publicitarias, pero también por dentro, en la ciudad y en las habitaciones privadas de los ciudadanos. La intimidad del espacio doméstico ha sido sometida por el poder de las pantallas, de las ventanas electrónicas que han ocupado el lugar y la función del antiguo “hogar”, una metástasis del exterior hacia dentro que reinvierte el proceso histórico de civilización, de ocultamiento de lo privado y de separación entre hogar y plaza.

Alejandro Gándara (“Ya somos leyenda. La novela en la ciudad”) le da una nueva vuelta de tuerca al problema de la descriptibilidad de las ciudades. El modelo decimonónico de ciudad fue también el canon de la novela romántica. En él encontramos todavía al narrador que puede conocer la ciudad y que, por tanto, puede describirla, descubrirla para quien no la conozca e incluso para quien creyere conocerla, porque hay una realidad más allá de las creencias y existe la posibilidad del engaño. El narrador puede acotar y comprender porque la ciudad tiene límites: pero ahora han caído las murallas de la ciudad y con ellas las de la novela. Por supuesto que en la nueva encarnación de la ciudad como ultramercado cabe de todo, incluso las novelas de antes, pero la realidad actual de la ciudad está definida por un tránsito que no puede traducirse sino en un juego de apariencias, porque en realidad nadie va a ninguna parte sino a seguir yendo y viniendo. La estética del tiempo ha de ser igualmente insustantiva: “El deambular de Molly Bloom y la errática de los personajes de Dos Passos carecen de otro sentido que no sea la búsqueda del contacto, los fragmentos semejantes, única generalización que cabe en un medio incognoscible”. La estética es enteramente nueva, no se centra en la catarsis aristotélica que se apoya en el reconocimiento y ni siquiera conserva esa relación de complicidad entre el autor y los lectores que se origina con el nacimiento de la novela moderna, con *La Celestina* y Cervantes. Un personaje clave en esta mutación es Kurtz, el protagonista de *El corazón de las tinieblas* de Conrad, alguien que pretende descubrir algo de sí mismo, y emprende para ello un viaje al trasmundo, un viaje que coincide con su vida, y en el que, al final, se encuentra en la oscuridad con una naturaleza ciega, superior y, por supuesto, incomunicable. Si no hay fin ni hay secreto, será

necesario concentrarse en el proceso: ahora se precisa, por tanto, una narración en movimiento. El cine se ha convertido así en la forma canónica de narración, en el arte adecuado porque en la película las cosas adquieren una realidad superior a la de meros retratos de algo, un arte que se basa, precisamente, en la posibilidad de mantener un punto de vista permanentemente en cambio: “Los personajes, como las personas en la vida urbana, terminan por no instalarse en la novela, sino por transcurrir por ella —en un tránsito de tipo peatonal o automovilístico— y al servicio puramente instrumental de la trama, del encadenamiento de sucesos. Como en la ciudad misma”.

Esta transición entre historias/personajes/ciudades y lo que, con alguna audacia, puede considerarse su equivalente funcional contemporáneo, sucesos/consumidores/redes puede verse también desde el punto de vista de la transformación de la ciudad histórica en una nueva ciudad de la comunicación y el flujo, en la *ciudad digital*. Esta analogía es la que José Luis González Quirós (“De la ciudad histórica a la ciudad digital”), pone bajo su punto de mira tras recordar a grandes rasgos las etapas del desarrollo histórico de la ciudad clásica. La ciudad viene de la historia, pero ahora vive enteramente ajena a ella. En su plasmación contemporánea la ciudad es el salto de la vida como tradición a la vida como innovación, del culto al pasado al sometimiento a un futuro que ha cambiado de naturaleza porque se ha hecho presente, ha obtenido el milagro que siempre se negó a la causa final: actuar sin existir todavía. En esta suerte de mutación respecto al eje del tiempo la digitalización ocupa un lugar privilegiado porque es una manera nueva de manejar la naturaleza, de recubrirla para olvidarse de ella. En esa feria de los sucedáneos, la ciudad se convierte en un mercado sin límite, un gran teatro en el que permanentemente se confunden y se truecan el escenario y la platea. La acumulación gigantesca de información que caracteriza estas nuevas ciudades de lo que se ha llamado sociedad del conocimiento se podría haber convertido en un fenómeno literalmente incontrolable sin la ayuda de la tecnología. Manejar esta avalancha incontenible de bits exige una tecnología desatada y así, nos encontramos en la situación un poco paradójica de que, aunque no estén claros los criterios de discriminación (lo que necesita tener quien crea que conviene distinguir la información relevante de la que no lo es) tenemos una serie muy potente de tecnologías que nos facilitan su manejo. Los artificios digitales multiplican el problema: hacen más accesible la información escasa y clasificada, pero suponen su multiplicación casi al infinito con lo que contribuyen a la consolidación de un nuevo problema político.

Es pronto para saber qué resultará de todo esto y no está prohibido ser optimista, pero tampoco está claro, en cualquier caso, que el resultado efectivo haya de ser el mejor de los posibles.

Las mutaciones del aspecto de las ciudades no han pasado inadvertidas a los científicos porque plantean un caso límite en el que pueden confluír la física, las matemáticas y la biología. Juan Manuel R. Parrondo (“Flujos y redes: la ciudad y la ciencia de los sistemas complejos”) nos ofrece una apretada síntesis de lo que podemos aprender del comportamiento increíblemente complejo de las ciudades y de lo que el abordaje científico de estas cuestiones puede revelarnos. Su trabajo se inspira en una conocida y muy profunda distinción leibniziana: “las máquinas de la naturaleza, es decir, los cuerpos vivos, son también máquinas en sus partes más pequeñas *ad infinitum*. Esto es lo que constituye la diferencia entre la naturaleza y la técnica”. Parrondo afirma que la ciudad diseñada como máquina finita y cartesiana se ha convertido (o quizá siempre lo fue y ahora hemos caído en ello) en ser vivo, en máquina infinita. La ciudad ha prestado ya ciertos servicios a la Física no muy bien conocidos por el público porque las técnicas matemáticas que usaron Boltzmann y Maxwell, la estadística matemática y la teoría de la probabilidad, se habían puesto en marcha a consecuencia de las mayores necesidades de análisis que demandaba el crecimiento de la población, de las ciudades. Ahora las máquinas newtonianas conviven y pugnan en las ciudades con realidades leibnizianas, con propiedades irreductiblemente complejas y con funciones emergentes cuya naturaleza jamás nadie había sospechado. El comportamiento colectivo no se construye de la misma forma que se construye un reloj: sus piezas tienen un papel preciso, mientras que los agentes de un sistema complejo pueden jugar papeles diversos siendo, por ejemplo, semilla de una *transición de fase*; no hay funciones sino sólo destellos de algo coherente, un flujo de posibilidades, constante e impredecible, que se adapta permanentemente al entorno y/o al estado del sistema. No se trata, sin embargo, de ningún nuevo misticismo: como muy bien dice Parrondo, “por razones históricas y metodológicas, el antiantropocentrismo ha sido siempre en ciencia un valor añadido”.

Si hay un comportamiento que no se dejaría reducir fácilmente a ecuaciones, por complejas que éstas fuesen, es el de los intelectuales. Se trata, justamente, de un caso celebre por su singularidad. Ramón Rodríguez lo estudia con atención en su capítulo (“El intelectual en la ciudad”). Su tratamiento empieza recordando que “la filosofía, nacida a la sombra de Sócrates, que no menos que los sofistas se veía

por entero referido a la ciudad —«los campos y los árboles no quieren enseñarme nada y sí los hombres en la ciudad»—, no ha olvidado nunca esta impronta ciudadana, incluso cuando la meditación solitaria sobre el destino metafísico del hombre o sobre el fundamento de su saber parecían poder prescindir de su condición política”. Como ha subrayado Hanna Arendt, estamos asistiendo a una progresiva invasión del ámbito público por la esfera privada, un fenómeno al que la sociedad mediática está proporcionando los más sólidos fundamentos. En este contexto de privatización creciente, es lógico que los intelectuales persistan en aspirar a una revitalización de cierta universalidad ciudadana, un propósito que está en el origen de la aparición pública de los intelectuales. El juicio moral que pueda merecer el ejercicio de esta vocación del intelectual ha de formularse ahora a la vista de dos grandes mutaciones: “el fracaso de las revoluciones, culminado en la ausencia de alternativa global al modelo social de las democracias occidentales tras la caída del muro de Berlín, es uno de los elementos que ha trastocado las referencias básicas del campo intelectual. El otro es, sin duda, la ocupación absoluta del espacio público por los medios audiovisuales de comunicación”. Han cambiado, por tanto, de manera radical las condiciones sociales en las que el testimonio del intelectual podía asumir un sentido y una responsabilidad precisos. Además, los principios universales tienden a quedar muy lejos de la complejidad (aunque no de la imagen simplificada de las cosas), de manera que el intelectual corre el peligro, absolutamente descalificador de su legitimidad, de pretender influir en la realidad al referirse a lo que ya ni siquiera entiende. En el momento en el que ocurre que puede pasar por verdad que “todos somos intelectuales” hay el peligro cierto de que las intervenciones públicas del intelectual persigan una notoriedad que carecería por entero de fundamento.

La ciudad, como esas muñecas rusas, oculta dentro de sí muchas ciudades distintas, unas espaciales, otras morales. Una de las ciudades más importantes en el desarrollo de la modernidad ha sido la “ciudad de la ciencia”, el *collegium invisibile* formado por los que poseen saberes efectivos y se organizan, apoyan y protegen para poner en pie, ciertamente que no sin sonoras broncas, nuevas calles de la ciudad del conocimiento. El periodo de entreguerras en la Europa de la primera mitad del siglo pasado fue testigo de un inusitado crecimiento de esa ciudad de la ciencia. A ello se refiere el trabajo de Juan Arana (“La ciudad de la ciencia y los riesgos del conocimiento. Un comentario a partir de Einstein y Born”). Los ciudadanos de esa ciudad moderna eran al principio muy pocos pero tenían muy claro que estaban construyendo una ciudad y no

meramente un barrio de otra ciudad más poderosa porque muy pronto el conocimiento se convirtió en algo muy serio y peligroso. La historia de las relaciones entre esas dos ciudades, la ciudad humana y la ciudad de la ciencia, está llena de enseñanzas paradójicas, de manera que ahora sería difícil encontrar a alguien dispuesto a poner en manos de los sabios el gobierno de los hombres aunque persiste, por supuesto, en la ideología de muchos de sus ciudadanos la convicción de que todo lo que no sea una autonomía absoluta de la ciudad de la ciencia es una traición. Las conductas ejemplares que Arana estudia muestran bien a las claras el *egoísmo corporativo* de los hombres de ciencia que

optimiza siempre la verdad y es ciego a la existencia de conflictos con otros fines al menos tan respetables como los suyos. Esa situación característica no ayuda a que se pueda ver con tranquilidad las versiones contemporáneas de la colisión entre los imperativos de investigación y la defensa de otros principios no menos venerables, una situación que se hace más amarga a la vista de la incomunicación entre los distintos tipos de saberes: “Born estimaba igualmente nefastos un físico que no hubiera oído hablar de Homero y un jurista que lo ignorara todo sobre el segundo principio de termodinámica. Hoy las cosas siguen igual o peor: simplemente hemos dejado de preocuparnos por ello”.

El argumento que discurre en torno a las características y las condiciones que son necesarias para alcanzar el cenit de la ciudad ideal es una constante del pensamiento político y filosófico. José María Beneyto (“Imágenes oblicuas de la ciudad ideal”) se ocupa de esta cuestión en el contexto de una civilización en la que la tecnología ha alcanzado un protagonismo absolutamente radical. Se trata de una reedición del diálogo platónico entre el joven Sócrates y un extranjero acerca de las virtudes que le son necesarias al político para poder hacerse con el control del hombre real, un diálogo que se pone a la luz de las transformaciones tecnológicas de la ciudad, del paso del esteticismo de la polis griega a la extrema movilidad y heterogeneidad del mundo en el que ahora vivimos. Beneyto pone en la radicalización de la utopía la respuesta griega a la autodestrucción de la polis, una forma de no sucumbir a la desesperación suicida, tal como había ocurrido en Egipto y Babilonia. La ciudad ideal platónica es un papel en blanco en el que los *geómetras sociales* han de tener las manos libres para todo: así se hace patente que la Utopía es a la vez mitología y técnica, una simbiosis entre la ficción poética y la materia tectónica que sigue definiendo el ideal de la ciudad hasta el presente. La ciudad se ha visto convertida en un proyecto sujeto a designio, en el fruto de una elección, en una construcción

deliberada, en algo que, como la tecnología, está más allá de cualquier naturaleza. No se trata tanto de idealizar la ciudad sino de crear efectivamente, apoyados en la razón y en la geometría, una nueva comunidad ideal. Hay una continuidad entre el trabajo de Metón, el topógrafo y urbanista de quien Aristófanes se burla en «Los pájaros», y el diseño hausmanniano de un espacio urbano trazado con pólvora y cañones. Ante esa extraña vocación destructiva y constructiva de los urbanistas- demiurgos hay que plantearse ahora una cuestión esencial: “Mitos y tecnología: he ahí la ciudad. ¿Pero, y el ciudadano, dónde los ciudadanos?”.

Un segundo texto de José Luis Pardo, (“Zona de sombra. Notas para una genealogía del concepto de riesgo”) comienza recordando que, pese a su frecuente presencia en el debate contemporáneo, la noción de riesgo no es precisamente una novedad reciente. Hay una historia de la legislación, las sentencias judiciales y los actos de gobierno, pero hay también otra historia no menos real que se ocupa de lo que transcurre en una zona de sombra que no se deja reducir con facilidad a los meros principios. Por eso la ciudad moderna es el escenario de un ingente proceso de «racionalización», una especie de *risk area* en que conviven los riesgos más imprevisibles y las instituciones que viven de calcularlos y se alimentan con ello. La ciudad está constituida por cálculos, propensiones, bifurcaciones y factores de riesgo. Antes que la tecnología ideara la «realidad virtual», la virtualidad se había convertido en elemento decisivo de lo cotidiano. Las ciudades no sólo han sido un campo de ensayos para las ciencias de lo complejo, como ya se ha apuntado a propósito del texto de Parrondo, sino que, como dice Pardo, se han convertido en “la base experimental de la «ciencia moral empírica» añorada por Condorcet”. Pardo subraya la ambivalencia existente en la escalada lógica que hace necesaria la existencia creciente de un poder gendarme si se pretende, conforme a una reclamación muy extendida, una extensión sin excepciones de una benéfica providencia estatal. Inversamente, hay que reconocer que “el derrumbamiento del Estado-nación, parece haber abolido tanto la Gendarmería como la Providencia, sustituyendo a los policías por los *brokers* y a los asistentes sociales por asesores profesionales” y, en este contexto, tiende a hacerse inevitable pensar que los atentados suicidas pueden resultar inversiones de alto riesgo para conflictos que no parecen dispuestos a tocar fondo.

El último texto de esta entrega es el de Jesús de Garay (“Ilusiones urbanas”) que comienza aludiendo al olvido que recae frecuentemente en el hecho de que “Polis no es sólo Estado sino

también ciudad y mercado”. Se trata, pues, del mercado y el mercado implica movimiento y el movimiento, sobre todo desde Galileo, tiene más que ver con el tiempo que con el espacio. El tiempo es esencial en la ciudad y la ciudad consiste en convertirlo en un bien escaso, en acelerar su rendimiento, de manera que el tiempo de la ciudad es el tiempo ordenado según los placeres del consumo y según los dolores de la renuncia porque la ciudad se las arregla para proveer infinitas posibilidades de consumo que nadie puede satisfacer de manera completa. Esta del consumo es una primera forma de incoherencia de la ciudad que se deja llevar por la mera fuerza del intercambio al margen de las cualidades de lo que se vea afectado, de manera que la ciudad tiende a hacerse abstracta, a desproveerse de caracteres que impidan la multiplicidad de usos a arrojar de sí cualquier forma de exclusividad funcional. Para compensar este déficit de especificidad la ciudad necesita seducir, necesita ser publicitada, de manera que lo que antes era honor, fama y gloria es ahora presencia en la opinión, publicidad en los medios porque “La fama ya no es la gloria inmortal de los que realizaron hazañas memorables, sino el reconocimiento público de la seducción. La fama es el valor que otorga la publicidad”. El ideal es alcanzar, como ejemplarmente ocurre con el dinero, la conjunción de un máximo de abstracción con un máximo de seducción. La ciudad es un escenario que parece vivir para ese logro, un gran espectáculo en el que hay perpetua transmutación del mercado en imágenes, de las imágenes en mercancía y de las mercancías en arte, en seducción. Esta virtualidad esencial de la ciudad es su fondo de energía creadora de un espectáculo que, concluye Garay, no ha hecho más que comenzar.

Como se ve, pues, cada uno de los textos que el lector puede probar a continuación, y aún sin pasar por esta aduana, es una variación distinta sobre esa música de fondo en la que se mezclan melodías antiguas y aires muy de mañana. Ahora que nos estamos asomando a un mundo que puede ser muy distinto a lo que se nos ha enseñado, será bueno dejarse llevar por alguna de estas diversas versiones de la sinfonía de la ciudad para encontrar el tono que más nos sugiera, para poder pensar frente a la inmensa e inagotable oferta de repetitiva novedad con la que, queramos o no, nos la hemos de ver de la mañana a la noche. Y que no falte.

José Luis González Quirós

jlgonzalezquiros@gmail.com

<http://jlgonzalezquiros.es/>